

El linchamiento digital

Acoso, difamación y censura en las redes sociales

Basilio Baltasar (Ed.)

JDB
BOOKS

Primera edición, septiembre de 2018

© Wabi Sabi Investments S. C., 2018

© Fundación Santillana, 2018

Edición
Basilio Baltasar

Coordinación editorial
Giselle Etcheverry Walker

© Ilustración de cubierta
collage de Sean Mackaoui

© de los textos: de sus autores, 2018

Maquetación
Palabra de apache

DL: SE 1453-2018
ISBN: 978-84-948084-6-3

Impreso en Masquelibros, S. L.
Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

PREÁMBULO INSTITUCIONAL	9
LA DÉCADA MUTANTE	17
Basilio Baltasar	
PARA UNA PSICOPOLÍTICA DEL ENJAMBRE DIGITAL	25
<i>Pasiones adversativas</i>	
Manuel Arias Maldonado, profesor titular de Ciencia Política en la Universidad de Málaga	
Presentado por Sergio Vila-Sanjuán, coordinador del suplemento <i>Culturals</i> de <i>La Vanguardia</i>	
CELEBRACIÓN DE LA MENTIRA	33
<i>Participación democrática en el embuste virtual</i>	
VIOLENCIA Y CONTROL EN LA REVOLUCIÓN DIGITAL	37
<i>El nuevo poder afilado (sharp power)</i>	
Lluís Bassets, director de la edición de Cataluña de <i>El País</i>	
Presentado por Llàtzer Moix, subdirector de <i>La Vanguardia</i>	
DIFAMACIÓN Y RESENTIMIENTO	49
<i>La hora de las cuentas pendientes</i>	
LA MEDICINA SOMETIDA AL ACOSO	53
<i>Crónica de un asedio</i>	
Carles Amengual i Vicens, médico y biólogo, licenciado en Estudios de Asia Oriental, en Ciencias Religiosas y en Humanidades	
Presentado por Pepe Ribas, director de <i>Ajoblanco</i>	

DESHACER ENTUERTOS: EL DESMENTIDO IMPOSIBLE	67
<i>Aquiles y la tortuga de la información</i>	
EL MERCADO DE DATOS PERSONALES	71
<i>Una herramienta de manipulación política y social</i>	
Marta Peirano, periodista y autora del ensayo <i>El pequeño libro rojo del activista en la red</i>	
Presentada por Daniel Gascón, editor responsable de <i>Letras Libres España</i>	
EL OCASO DE LA INGENUIDAD	83
<i>Estrategias culturales de la desconfianza</i>	
BULLYING COLECTIVO Y ECONOMÍA DEL CLIC	87
Miguel del Fresno, sociólogo especializado en investigación social <i>online</i> y profesor de la UNED	
Presentado por Sergi Doria, periodista cultural de <i>ABC</i>	
EL ALGORITMO TÓXICO	97
<i>Cómputo y estadística de la opinión pública</i>	
FERVOR Y PASIÓN EN LA ERA CIBERNÉTICA	101
<i>Emociones aflictivas y turbación digital</i>	
EL SOFTWARE PROTECTOR	105
Juan Luis Cebrián, presidente de honor y fundador de <i>El País</i>	

EL CONGRESO EN LA PRENSA

Crónicas y artículos

PERIODISMO CULTURAL: DIEZ AÑOS DE ENCUENTROS	117
Sergio Vila-Sanjuán	
<i>La Vanguardia</i>	

LAS REDES SOCIALES, ESE NUEVO FAR WEST	126
Xavi Ayén <i>La Vanguardia</i>	
LOS EFECTOS DEL DESENCANTO	131
Jesús Ruiz Mantilla <i>El País</i>	
ENREDADOS	135
Guillermo Busutil <i>La Opinión de Málaga</i>	
TAMBORES TRIBALES DE TWITTER	139
Sergi Doria <i>ABC</i>	
LA «FALSA CONTRAPOSICIÓN» ENTRE DIGITAL Y PAPEL	142
Aser Falagán <i>El Diario Montañés</i>	
QUO VADIS	146
Óscar López <i>El Periódico</i>	
LA INFORMACIÓN CULTURAL COMO ANTÍDOTO A LA AGRESIÓN Y EL LINCHAMIENTO DIGITAL	148
Teresa M. Peces <i>WMagazín</i>	
LAS REDES SOCIALES, PARADIGMA Y PARADOJA DE LA NUEVA COMUNICACIÓN	154
Álvaro G. Polavieja <i>El Diario Montañés</i>	

RADIOGRAFÍA DE UNA AMENAZA	160
Rosa M. Ruiz <i>El Diario Montañés</i>	
ARREPIÉNTETE Y CREE EN LA POSVERDAD	164
Karina Sainz Borgo <i>Vozpópuli</i>	
INFORMACIÓN Y MENTIRAS EN LA RED, LAS DOS CARAS DE LA LUNA	167
Angélica Tanarro <i>El Norte de Castilla</i>	
LA INGENUIDAD EN LAS REDES COMO ARMA DE IGNORANCIA ..	173
Álex Sàlmon <i>El Mundo</i>	
EL MISTERIO DE LAS REDES	176
Antón Castro <i>Heraldo de Aragón</i>	
INVENTAR LA REALIDAD	178
Marcos Díez <i>El Diario Montañés</i>	

Preámbulo institucional

Íñigo Sáenz de Miera, director de la Fundación Botín.

Emiliano Martínez, vicepresidente de la Fundación Santillana.

Miriam Díaz, concejala de Cultura y Turismo del Ayuntamiento de Santander.

Ignacio Polanco, presidente de la Fundación Santillana.

Gema Igual, alcaldesa de Santander.

DETENER LA MIRADA Y MIRAR DE OTRA MANERA

IÑIGO SÁENZ DE MIERA*

Buenas tardes a todos,

concejala, querido Emiliano, Basilio, queridos todos. En nombre del patronato de la Fundación Botín, y especialmente de nuestro presidente, Javier Botín, os quiero dar de nuevo la bienvenida al Centro Botín, que espero que ya consideréis vuestra casa.

Si el primer año celebramos y disfrutamos que tuviera lugar este encuentro, y el segundo año que se repitiera, porque eso parecía querer decir que habría un tercero; este año tenemos que celebrar que nos hayamos vuelto a encontrar, porque ello es un signo clarísimo de consolidación. Nada nos puede gustar más que el hecho de que este encuentro anual de periodistas culturales en torno a estos títulos misteriosos que Basilio Baltasar inventa tenga lugar en el Centro Botín. De hecho, el encuentro del año pasado fue lo primero que sucedió en el Centro Botín después de la inauguración.

Estamos a punto de cumplir un año de vida, y en la Fundación Botín

nos encontramos moviéndonos en un equilibrio difícil entre el disfrutar del hecho de que las cosas vayan bien —que hay que disfrutarlo, porque podrían no ir bien— y al mismo tiempo no olvidarnos de que lo importante es el largo plazo; porque no sabremos si de verdad el Centro Botín merecía la pena hasta dentro de quince años, o veinte o veinticinco.

El Centro Botín es un centro de arte que tiene una misión social: aprovechar la capacidad que tienen las artes para hacernos mejores y, específicamente, para desarrollar nuestra creatividad, que no es otra cosa que ser capaces de mirar a la realidad de forma diferente. En la Fundación Botín estamos absolutamente convencidos de que la experiencia artística nos hace mejores, tanto como para habernos atrevido a poner en marcha el Centro Botín precisamente con esa misión.

Eso lo tenía clarísimo nuestro presidente, Emilio Botín, cuando había voces que, en medio de la crisis, y con los graves problemas a los que se

* Iñigo Sáenz de Miera es el director de la Fundación Botín.

enfrentaba nuestro país, se preguntaban si en aquel momento tenía sentido poner en marcha un centro de arte. Y sí, tenía todo el sentido, porque pocas cosas como las artes nos hacen mejores y tienen capacidad para generar desarrollo. Pocas cosas como la literatura, el cine, la música, la danza nos cambian por dentro y nos permiten mirar a la realidad de forma diferente y, por tanto, ser más creativos.

En todos los ámbitos, y para todos los colectivos sociales. A modo de ejemplo, hace pocos días hemos terminado de organizar un programa con el Hospital de Valdecilla para intentar lograr que sus médicos, gracias al efecto de un contacto continuado con las artes, desarrollen una mirada distinta hacia su profesión y hacia los casos que día a día se encuentran en las consultas o en los laboratorios.

Para la Fundación Botín, decía, es un lujo recibirnos aquí, porque esperamos que así conozcáis mejor el Centro Botín y nos ayudéis a divulgar esta misión social. Y no nos importa pedirnos que nos ayudéis a contarlo porque cada vez vamos teniendo más pruebas de que plantear así la misión de un centro de arte tiene sentido, porque funciona.

Estos encuentros vuestros son buena muestra de ello, no hay más que

pararse a pensar en los títulos que cada año les ponéis, a medio camino entre lo poético y lo misterioso. ¡Qué importante es un título que no se entiende para obligarte a detener la mirada y mirar de otra manera, en este caso a vuestro propio ejercicio profesional! Que ninguno de los que estamos aquí sepamos exactamente de qué se va a tratar en ninguna de las jornadas me parece que es muy positivo, porque de ahí es de donde puede salir algo nuevo.

No quiero terminar sin dar las gracias a quienes nos acompañáis en este proyecto y lo hacéis posible: al Ayuntamiento de Santander —gracias, Miriam, por venir—; a la Fundación Santander Creativa, y especialmente a Marcos Díaz, su director, y, por último, a la Fundación Santillana por vuestro apoyo y por confiar en el Centro Botín.

Y a todos os deseo unas provechosas jornadas y os agradezco que hayáis sacado el tiempo para venir a Santander y dedicar estas horas a pensar sobre vuestra función profesional, que es también social. Porque sois vosotros los que dais sentido al encuentro. Eso sí, no os olvidéis de disfrutar de las tres maravillosas exposiciones que tenemos en el Centro. Gracias de nuevo, y bienvenidos.

DE LA RECTITUD

EMILIANO MARTÍNEZ*

Muy buenas tardes, amigas, amigos, anfitriones, en nombre de la ciudad, de la señora concejala de Cultura y del director del Centro Botín, que nos acoge. Congresistas, muchas gracias por vuestra fidelidad, por el respaldo y el interés por estas convocatorias (hay gentes fieles, un buen número de periodistas culturales de Cataluña, de Andalucía).

Dejadme expresaros que hay un fuerte compromiso por parte de la entidad que, a través de Basilio Baltasar, está haciendo esta convocatoria, que es la Fundación Santillana. Compromiso con convocatorias de esta naturaleza, en esta tierra, en torno al arte, en torno a expresiones culturales como la literatura, convocatorias con escritores, con editores. Este fenómeno de los temas que entran en vuestra agenda de periodismo cultural ha pasado a tener una importancia estratégica para que puedan fructificar determinadas expresiones, o que les lleguen a las gentes las cosas que los creadores están proponiendo. Es curioso porque nació de la mano de Basilio

en unos encuentros que son muy frecuentes en esta tierra, en Santander, en torno a temas culturales, y un buen día disteis un salto cualitativo, convirtiéndolo en un congreso; me pareció un tema de autoafirmación maravilloso.

Y enseguida surge la pregunta, ¿mantendrá el interés, la tensión, entre personas cuyo principal cometido es hacer una selección valorativa de muchas actividades, de muchos acontecimientos e incluirlos o no en una agenda? Bueno, resulta que, un año tras otro, la convocatoria se reinventaba. Más de una vez he tenido la pregunta en la cabeza, y casi en los labios, para Basilio, acerca de si esto seguiría.

Y enseguida, en cuanto surgía el embrión del programa, la respuesta era no solo que había una nueva convocatoria, sino que había una reinención de este encuentro. Hasta llegar a esta cuarta edición. Y esta edición es la bomba, porque atreverse a plantear una mirada crítica sobre

* Emiliano Martínez es el vicepresidente de la Fundación Santillana.

el discurrir de un acontecimiento de una extraordinaria potencia como son las redes sociales, yo diría, en estas fechas cervantinas, que casi es un empeño quijotesco, que saltéis aquí, a este ruedo, a este territorio de La Mancha, que diría nuestro

amigo Carlos Fuentes, a desfacer entuertos, a librar batallas, contra gigantes o contra molinos, y a tratar de que prevalezcan los valores de una libertad de informar y de una rectitud en esos contenidos es absolutamente maravilloso. Así que, mucho ánimo.

UN DEBATE NECESARIO

MIRIAM DÍAZ*

La ciudad está haciendo una apuesta por la cultura porque creemos que eso será positivo para nuestro desarrollo social y económico. Por eso, es para nosotros muy importante que una vez al año los periodistas culturales de España se reúnan en Santander. Porque es importante que conozcan la ciudad de primera mano y que sean testigos, año tras año, de los cambios que se están produciendo.

El congreso de este año gira alrededor de un tema de plena actualidad como es el nuevo entorno tecnológico y su influencia en la forma en que nos comunicamos y recibimos información. La irrupción de las redes sociales ha impactado de lleno

en el periodismo en los últimos años y a lo largo de estos tres días se reflexionará en este foro sobre la naturaleza de este impacto.

Las redes sociales han traído cosas buenas, los canales informativos se multiplican, hay un mayor intercambio de conocimiento, se puede interpelar directamente a las personas que ocupan puestos de responsabilidad pública o a los propios periodistas. Además, la posibilidad de opinar en un espacio público ahora es algo accesible para cualquier ciudadano. Nos han dado a todos un altavoz.

Pero las redes sociales han traído también cosas malas. Las redes,

* Miriam Díaz es concejala de Cultura y Turismo del Ayuntamiento de Santander.

como se indica en el programa del congreso, pueden orquestar el hostigamiento de los individuos y provocar su muerte civil, ejecutar verdaderos linchamientos digitales, imponer el desprestigio de ideas e instituciones y envenenar con su furia tóxica el debate social.

La cuarta edición del Congreso de Periodismo Cultural abordará todas estas cuestiones a lo largo de tres días de debate público. Nos parece un debate importante y necesario. Os agradezco a todos vosotros la asistencia y espero que el congreso sea enriquecedor para todos.

ACERCA DEL PERIODISMO CULTURAL

IGNACIO POLANCO*

La responsabilidad de los periodistas y editores comprometidos con la información cultural consiste en dar cuenta exhaustiva de las creaciones (literarias, teatrales, musicales, pictóricas, cinematográficas...) que enriquecen el patrimonio de nuestro país. Podemos decir que en esto consiste la tarea del periodismo cultural: levantar acta de la creatividad colectiva.

El encargo que hemos asumido requiere ser hecho de tal modo que la integridad de las obras quede a salvo, que llegue a los ciudadanos con la impecable factura con que fueron concebidas, que la vitalidad creativa contagie entusiasmo y respeto.

Requiere además de una visión crítica, razonable y fundamentada, consciente de su influencia en la construcción del gusto y en la elección de lo mejor.

Los productos culturales pueden proporcionar entretenimiento, pero las creaciones de la cultura pertenecen a un orden de significado superior. La imaginación, el entendimiento y la inteligencia son el más valioso legado de la condición humana. Un legado que nos obliga a sostener el ejercicio de sublimación y perfeccionamiento de las artes y las letras.

En nuestro Congreso de Periodismo Cultural ponemos énfasis en el

* Ignacio Polanco es el presidente de la Fundación Santillana.

concepto de creatividad: somos conscientes de la potencia cultural de la imaginación y el ingenio, y por ello nos hemos propuesto abrir este espacio de reflexión. Como editores y periodistas estamos obligados a indagar, investigar y conocer. Queremos saber y queremos saber más. La nuestra es una curiosidad insaciable. Necesitamos saber lo que se está haciendo en los escenarios culturales, necesitamos verlo de

cerca y contarlos con solvencia a nuestros lectores, oyentes y televidentes.

Deseamos que nuestro congreso sea grato, útil y productivo y que sea un encuentro anual imprescindible. Un foro en el que cada año podamos descubrir lo sorprendente, lo que nos asombra, lo que nos desvela. Y cumplir así la obligación de nuestro oficio de editores y periodistas.

UNA CIUDADANÍA CRÍTICA

GEMA IGUAL*

Buenas tardes. Quiero en primer lugar agradecer a todos vuestra estancia estos tres días en Santander para participar en esta cuarta edición del Congreso de Periodismo Cultural.

Santander apuesta por la cultura y por eso es para nosotros muy importante que los principales periodistas culturales de nuestro país paséis unos días en la ciudad.

Quiero reiterar mi agradecimiento a la Fundación Botín y a la Fundación

Santillana por hacer posible este encuentro que cuenta también con el apoyo decidido del Ayuntamiento de Santander.

Este año la temática del congreso no ha podido ser más oportuna. La irrupción de las redes sociales ha dado lugar a nuevas formas de comunicación. Las ventajas son muchas pero los problemas parecen tantos como las ventajas. Las redes sociales son una autopista por la que circulan con demasiada facilidad los rumores y las mentiras.

* Gema Igual es la alcaldesa de Santander.

Una vez que una mentira comienza a correr por las redes sociales el daño ya parece irreparable porque ningún desmentido está a la altura del desprestigio que se produce en la imagen de personas e instituciones.

Frente a los rumores y las mentiras solo cabe una ciudadanía bien informada y bien formada. Bien formada para tener una actitud crítica y buscar la verdad consultando diversas fuentes. Bien informada a través de buenos profesionales que contrastan las noticias que publican.

Las redes sociales han venido para quedarse y tenemos que aprender a vivir en esta nueva realidad.

Por todo ello hace falta y es más necesario que nunca un periodismo de calidad, un periodismo que sepa

esperar para contrastar la información antes de publicar una noticia, un periodismo que busque informar de forma seria y rigurosa y que no se deje arrastrar por el impacto fácil.

Estos tres días han servido para recordar que el periodismo de calidad es más imprescindible, en este mundo lleno de altavoces, hoy más que nunca.

Un periodismo crítico que huya de la toxicidad y que busque desde la honestidad contar e interpretar las cosas que suceden en la vida pública.

Os agradezco mucho a todos vuestra asistencia, espero que hayáis disfrutado de vuestra estancia en Santander y espero, también, que nos veamos todos aquí el año que viene.

El presente volumen recoge las ponencias leídas y comentadas en la cuarta edición del Congreso de Periodismo Cultural y los artículos que con este motivo se publicaron en la prensa española. El congreso, que reúne a profesionales de prensa, radio y televisión, ha sido organizado por la Fundación Santillana junto con el Ayuntamiento de Santander, la Fundación Botín, la Fundación Santander Creativa, la Asociación de Periodistas Culturales de Catalunya y la Asociación de Periodistas Culturales de Andalucía «José María Bernáldez».

La década mutante

BASILIO BALTASAR¹

Una mirada panorámica al paisaje contemporáneo, un balance de los acontecimientos más destacados y un inventario de las novedades surgidas a lo largo de estos últimos años nos ayudarán a entender la pérdida influencia de las redes sociales en la transformación cultural del mundo.

Las aplicaciones de la nueva tecnología fueron celebradas como la innovación que contribuía a mejorar el aspecto de las cosas y a reformar las deficiencias del sistema. Sus promotores las anunciaron desde el principio como el canal del insurgente periodismo ciudadano y aseguraron que garantizaban la difusión cultural masiva, la circulación abierta de una información contrastada por el interés general, la participación democrática en la gestión de los grandes asuntos públicos, el intercambio horizontal del conocimiento y la integración igualitaria de la multitud en el debate político de la civilización. El ingenio se presentaba en sociedad como un decisivo salto evolutivo y se comercializaba con el aura de un prestigio arrollador.

Nadie hubiera dicho entonces que las redes sociales propiciarían el hostigamiento de los individuos molestos y ejecutarían su linchamiento digital, envenenando con una insólita furia tóxica el debate social y acelerando la ruina de ideas e instituciones con una pasmosa facilidad.

Sin embargo, a pesar de la decepcionante relación de sus efectos secundarios y conociéndose bien la penuria cultural que transmiten, no suele acogerse con gratitud el diagnóstico que sentencia el barbarismo de las redes sociales.

¹ Editor y director de la Fundación Santillana Cultura.

Al afirmar que en ellas prevalece una masiva e irritada intolerancia y que fomentan los hábitos instigados por la hostilidad y la beligerancia, uno se sitúa en el lado impertinente del optimismo contemporáneo.

Quizá por la acritud con que son tratadas, las voces críticas deben seguir invitando a desconfiar del entusiasmo compartido por fabricantes y usuarios, analistas y publicistas, y subrayar cuantas veces haga falta las consecuencias perversas de un artefacto que está alterando las pautas culturales de la conducta social.

La vieja tirria entre apocalípticos e integrados brota en esta controversia y nos invita a afrontar con inquisitiva franqueza lo que no puede quedar fuera de una radical exigencia crítica. Entre la credulidad y el recelo, entre la candidez adocenada y la enervada desconfianza, la polémica permitirá denunciar la inercia ciega de los clientes y las banales tentaciones de un consumismo amoral. El tradicional pensamiento crítico nos dirá cuánto entre todo lo que hoy se vende, eso que eufóricamente se presenta como ineludible mandato de la *revolución* tecnológica, nos conviene de verdad.

Lo reciente del fenómeno puede servir de excusa para disculpar la tardanza de nuestro inventario pues posiblemente sea cierto que diez años no bastan para entender el trastorno que ha desorientado nuestras preferencias y prioridades. Twitter empieza a expandirse en junio de 2006; a mediados de 2007, Facebook se internacionaliza; en junio del mismo año, Steve Jobs pone en escena su flamante iPhone.

Los tres *artefactos* aparecen triunfalmente en el escaparate de la novedad y estrenan con su promesa una década de conmociones. Las tres corporaciones atraen con sus productos a millones de ciudadanos e impulsan la conversión del sujeto social en una categoría política y psicológica inédita.

Ya no será un ciudadano, ni un interlocutor, ni un lector: es un usuario. Y no un usuario de los que antes usaban las cosas, las cosas de usar y tirar, sino uno de nuevo cuño: el usuario usado por el artefacto que tiene en las manos.

A diferencia de aquel antiguo y sufrido consumidor, que consolaba sus demandas según fuera la necesidad o el capricho, el usuario

contemporáneo de la revolución tecnológica pertenece a una insólita docilidad. Por su conexión biónica al centro neurálgico de los instintos y su poderoso vínculo a la ilusión de los deseos, el artefacto impone una relación hipnótica y neurótica. Es una herramienta con voluntad propia la que se pone al servicio de quién sabe qué buen postor.

La seductora fantasía del hombre que obtiene lo que desea ha encontrado su perfecta versión virtual. En lugar de frotar la lámpara, pulsa una tecla. Ignorante de la dependencia que le impone su nueva condición, el ciudadano de la década mutante proclama la ficción de su autonomía mientras se sumerge en la más innovadora de las servidumbres.

Los contenidos que vibran en las pantallas son fugaces, inabarcables e inagotables: mientras incitan la atención insomne del usuario, la dispersan; mientras canalizan la inquietud de una multitud bulímica, la derraman.

Diez años no bastan para comprender un fenómeno de esta magnitud. Todavía no conocemos el alcance de lo ocurrido: no podemos adivinar el desenlace del nuevo comportamiento cultural, los siniestros efectos de la sumisión al dictado tecnológico, la fuerza tectónica que agrieta los fundamentos de la cultura.

Conocemos bien las aplicaciones prácticas y las utilidades de la red, las ventajas que prestan al neociudadano; ¡cómo olvidarlas en medio de tanta propaganda y fervor! Lo que ahora nos interesa es la evaluación crítica del impacto tecnológico en el tejido social y cultural. Nos urge conocer las patologías que se incuban en el usuario, saber a dónde le llevará la obsesión última de su mente viciosa y cuándo estallará la fragmentación psicótica de su pensamiento.

Para entender las perturbaciones ocasionadas por la *innovación*, asumidas hoy como una anécdota colateral, deberíamos subrayar la coincidencia fatal que estrenó el nuevo paradigma tecnocultural. Cuando hace una década se inició la implacable confluencia entre el uso masivo de los artefactos tecnológicos, la problemática transformación del cuarto poder y la traumática crisis económica, nos vimos instalados de golpe en el borde de una delgada línea de sombra.

En 2007 la *crisis* empezó a sacudir la economía del mundo y en las mismas fechas se inició el implacable deterioro de la prensa de papel, la pérdida lenta y progresiva de la influencia y prestigio del periodismo. El sincopado crepúsculo de la prensa, accidentalmente auspiciado por sus propias versiones digitales, coincidió con la irrupción radial de las *fake news* como mercancía política y estrategia de confusión. Desde entonces, el compromiso con la búsqueda de la verdad que caracterizó la historia del periodismo se diluye una y otra vez en el magma disperso de unos productos deliberadamente fabricados para engañar. Y la lectura del periódico de papel, el gesto intelectual que ordena el significado de los acontecimientos, ha sido sustituida por el clic a noticias que llegan sin orden ni concierto. La interpretación argumentativa de los hechos, fundamento de nuestra historia intelectual, ha sido interrumpida por el estallido fragmentario del sentido.

El desenvolvimiento de las redes sociales parece estar ganando la batalla a unos medios de comunicación que resisten a duras penas la oleada de caóticos y abrumadores embustes. La influencia alcanzada por las *fake news*, la eficacia con que corrigen, alteran y encauzan unas destartaladas corrientes de opinión pública, pone en jaque el delicado juego de equilibrios que nos habíamos acostumbrado a sostener.

El nuevo paradigma tecnopolítico instala en la sociedad contemporánea una conflictiva singularidad. Lo que verdaderamente ha *innovado* nuestras costumbres no es el fragor y la desfachatez de las mentiras, obviamente, sino la complicidad espontánea de una multitud *conectada* y la velocidad de expansión de los mensajes tóxicos. Lo excepcional del fenómeno contemporáneo es que las noticias falsas, por su velocidad de difusión y su alcance global, no pueden ser desmentidas. Toda refutación aparece entonces como posverdad: una *verdad* que al perder la fuerza moral de la verificación se reduce a una evasiva convicción personal.

La destrucción de lo veraz ha sido el primer logro político del nuevo orden tecnológico: una incesante *invención* alimenta el fervor sectario de sus seguidores y al emitirse hace imposible cualquier impugnación.

A lo largo de estos últimos diez años hemos oído a los profetas de la tecnología divulgar el optimismo del nuevo mundo, anunciar los

beneficios de la era virtual y no pocas veces hemos comprobado cómo coincidía sospechosamente su discurso con la retórica publicitaria de los fabricantes y su inefable manual de instrucciones.

En esta década ha sido un motivo de asombro el empeño puesto por los expertos de la innovación en evitar cualquier mención a los efectos nocivos de la nueva tecnología y dedicar un displicente desdén a los críticos, repudiados como herederos del ludismo que abominaba de la revolución industrial.

También ha sido sorprendente en esta década mutante la mansedumbre de los intelectuales que han renunciado a su escepticismo crítico y consentido a su manera el triunfo de la maquinaria de enajenación que arrebató a la ciudadanía su estatuto ilustrado.

En esta nueva versión de la batalla entre *antiguos* y *modernos*, zanjada por el momento a favor de estos últimos, los peritos de la era virtual publicitan sin desmayo el decálogo político de lo tecnológicamente correcto. Enalzando sus logros con una pasión evangelista y omitiendo sus efectos con una hipocresía puritana.

Desdeñando así la influencia cultural de las redes como canal abierto a la epidemia emocional del odio, a la difamación que corroe la integridad, la furia que libera la frustración, el instinto inquisitorial de la multitud anónima, el linchamiento de los disidentes, rivales o adversarios de cualquier causa, el desprestigio orquestado de hombres, ideas e instituciones.

En lugar de ser el ágora ciudadana que expande el ámbito de la razón política, un foro para la comunidad pensante, las redes son lo que proclama su nombre: los usuarios han caído en sus mallas.

En los debates del 4.º Congreso de Periodismo Cultural se han enumerado los *ángulos ciegos* que conlleva el nuevo modelo cultural de la tecnología.

En la «Celebración de la mentira» se quiso conocer el alcance de la participación democrática en el embuste virtual y la integración feliz de los usuarios en la divulgación falsaria.

En la mesa «Difamación y resentimiento» se abordó el potencial negativo del rencor social y la crudeza con que se saldan las viejas cuentas pendientes. Enemigos, adversarios o sicarios contratados a tal efecto se ensañan desde el anonimato de las redes sociales.

En «Deshacer entuertos» se analizó hasta qué punto el desmentido veraz y la rehabilitación de lo verdadero es hoy una tarea imposible. No hay estatuto jurídico que ampare la reclamación y no hay política que lo intente.

En «El ocaso de la ingenuidad» se comentó la creciente y deliberada complicidad social en la demolición de las reputaciones. Para neutralizar cualquier disidencia basta con imputar al discrepante una conducta de moral dudosa. Una vez deslizada la insidia, su voz se apagará.

Con «El algoritmo tóxico» se aludió a las herramientas que permiten dirigir las corrientes dominantes de una opinión pública dócil y fetichista.

En «Fervor y pasión de la era cibernética» se constatan las emociones aflitivas de la turbación digital. El irracional que gobierna las pasiones de una multitud congregada alrededor del espectáculo masivo de la incongruencia.

Por su parte, los ponentes invitados al congreso sintetizaron sus respectivas investigaciones y compartieron con los asistentes sus penetrantes reflexiones.

El filósofo Manuel Arias Maldonado define la psicopolítica del enjambre digital y la potencia afectiva que rige sus impulsos destructivos.

El periodista y analista Lluís Bassets desvela la violencia y el control del nuevo poder afilado. La ficción del empoderamiento entre las generaciones cibernéticas y su cultura bélica de baja intensidad.

El doctor Carles Amengual demuestra la complicidad pasiva del periodismo en el acoso, difamación y censura de la medicina homeopática. Una práctica clínica amparada por la legislación de la Unión Europea, pero

descarnadamente asediada por la obcecada animadversión de extraños y poderosos internautas.

La investigadora Marta Peirano nos advierte del modo en que nuestra identidad, deseos y carencias son subastados en el mercado virtual de los esclavos digitales. Un caudal de datos vendidos al mejor postor y entregados a causas vergonzantes.

El sociólogo Miguel del Fresno describe el mecanismo de la nueva economía digital y enumera las víctimas de un inquietante *bullying* colectivo. Subraya el poder omnipresente de la desinformación y el fracaso de las industrias de la información.

Juan Luis Cebrián clausura el volumen evaluando un panorama crecientemente confuso para el que nadie parece tener respuesta y el imparable desarrollo de una tecnología a la que solo se podrá oponer una inteligente programación de signo contrario.

El congreso nos ha invitado a pensar el paradigma que imponen los usos masivos del consumo digital. Proponiendo que agucemos nuestra cautela crítica y afilemos nuestro escepticismo racional. No solo como periodistas responsables de la información que elaboramos, sino como ciudadanos comprometidos con la gobernanza democrática.

Podemos despedir ahora esta primera reflexión profesional con una escaamentada observación y una amable sugerencia:

Los artefactos inteligentes seducen a un usuario que todavía no sabe temer el desenlace: el artilugio será más inteligente que su dueño. Convendrá en este caso preguntarse qué puede acarrear tan insólita anomalía. Pues nunca en la historia se dio un caso parecido.

Por todo ello los observadores atentos al fenómeno deberíamos abandonar nuestra particular zona de confort, entender el modo en que la nueva tecnología ha creado *otra* realidad política y poner algún remedio a la credulidad contemporánea.

Para una psicopolítica del enjambre digital

Pasiones adversativas

Ponencia de Manuel Arias Maldonado, profesor titular
de Ciencia Política en la Universidad de Málaga.

Presentado por Sergio Vila-Sanjuán, coordinador
del suplemento *Culturals* de *La Vanguardia*.

Manuel Arias Maldonado, profesor en la Universidad de Málaga, es uno de los renovadores de nuestro ensayismo actual. Hace dos años publicó *La democracia sentimental*, un estudio sobre el peso de las emociones en nuestra vida política. En ese libro ya mostraba la poco habitual capacidad de cruzar disciplinas muy distintas, allí se trataba de la politología y las neurociencias, con el objetivo de iluminar aspectos poco tratados de nuestra vida en común.

Ahora acaba de publicar un libro fascinante, *Antropoceno*, al que me atrevo a pronosticarle un largo recorrido ya que se centra en cuestiones que pronto serán de cultura general básica. Esta vez el profesor Arias ha ido a buscar las investigaciones de los biólogos y climatólogos acerca de los grandes cambios en la influencia de la actividad humana sobre los sistemas terrestres. En efecto, un sector de vanguardia de la comunidad científica ha desarrollado a partir del año 2000 el término «Antropoceno» para referirse a una nueva etapa geológica en la que es la humanidad, y no la propia naturaleza, la que determina el cambio medioambiental en el planeta. El caso de Chernóbil, con su imprevisto resurgir de la naturaleza salvaje en un entorno intensamente contaminado, lo demuestra.

Es *Antropoceno* un libro lleno de sugerencias, sobre la ecología, la economía, la historia social y la naturaleza de las nuevas políticas. En este sentido yo diría que, entre otras muchas cosas, constituye un excelente trabajo de periodismo cultural, uno de los mejores que he leído en los últimos tiempos, lo que por sí solo justifica la presencia aquí de su autor. Y aunque no vaya a tratar en su ponencia de estas cuestiones, sino de las relacionadas con la digitalización que aborda en su blog y en otros espacios informativos, no podía dejar de mencionarlo, porque es una novedad y porque me parecía interesante compartirla con vosotros.

Así que es una muy buena noticia tener hoy aquí al profesor Arias Maldonado en la inauguración del congreso que nos reúne por cuarto año. Debemos agradecerlo a Basilio Baltasar, siempre acogedor y bien informado; también a la Fundación Santillana, a la Fundación Botín y al Ayuntamiento de Santander. Buenas tardes a todos.

SERGIO VILA-SANJUÁN²

² Coordinador del suplemento *Culturals* de *La Vanguardia*.

Para una psicopolítica del enjambre digital

Pasiones adversativas

MANUEL ARIAS MALDONADO³

Al haberme tocado en suerte abrir este congreso, me parece oportuno empezar esta breve intervención ofreciendo una delimitación conceptual de lo que haya de entenderse por linchamiento digital. A mi juicio, el término describe aquellas formas de interacción *online* que se caracterizan por su agresividad explícita y su desvinculación de todo propósito deliberativo. Hablar propiamente de linchamiento, siquiera metafórico, parece exigir una conducta grupal o colectiva. Y ciertamente el acoso digital lo es a menudo: colectivo aunque rara vez concertado. Sin embargo, me parece razonable incluir también dentro del análisis el despliegue individual de este modo comunicativo, se participe o no en un ataque grupal. El auténtico troll, por ejemplo, se dedica a perturbar las conversaciones ajenas por el puro placer que extrae de ello, sin implicarse emocionalmente. Pero contribuye a dar forma al fenómeno que aquí nos reúne.

Mi propósito es explicar sus causas, poniendo el acento en la relación entre las redes sociales y la emocionalidad —sin sugerir en ningún momento que la digitalidad se agote en el linchamiento, pero sin relativizar tampoco la importancia que semejante contaminación afectiva de la esfera pública posee para nuestras democracias—. Por momentos, la red parece haberse convertido en ese «juguete rabioso» del

³ Manuel Arias Maldonado es profesor titular de Ciencia Política en la Universidad de Málaga.

que hablaba el novelista argentino Roberto Arlt. Y no es un problema menor que nos encontremos tan alejados del cumplimiento de ese «deber de civilidad» que para John Rawls exige el debate público. No es así de extrañar que Bernhard Pörksen, tomando el título de uno de los capítulos de *La montaña mágica*, hable de «la gran crispación» para referirse a nuestro tiempo. Pero nótese que esto ya lo anticipó el mismísimo Marshall McLuhan en los años 60, cuando advirtió que la «aldea global» bien podría ser un lugar claustrofóbico y desagradable.

La referencia a McLuhan no es caprichosa. Si él dijo, célebremente, aquello de que «el medio es el mensaje», yo quisiera subrayar algo distinto, que constituye el punto de partida de mi exploración del acoso digital, a saber, que el medio hace el mensaje. O sea: que el predominio de unas pasiones adversativas que con frecuencia adoptan formas dialécticas agresivas es, ante todo, resultado de la reestructuración digital de la esfera pública. En la red se desarrollan formas nuevas de interacción pública donde el sentimiento predomina sobre el juicio —o lo dirige— y donde los sentimientos negativos priman sobre los positivos.

Para ser más precisos: el paso de la comunicación de masas, dominada por medios que se relacionan verticalmente con un público receptor y pasivo, a una autocomunicación de masas donde el público se convierte en emisor y receptor de mensajes en un espacio horizontal en el que cualquiera puede participar constituye una modificación sustancial del espacio público del que se derivan consecuencias que nos permiten explicar la propensión a la agresividad intersubjetiva.

Ahora bien: no perdamos de vista que los propios medios tradicionales ya habían empezado a adoptar formas beligerantes de transmisión de contenidos, iniciando el proceso que ha conducido a la indignación y la ira a convertirse en formas legítimas de expresión pública —en lugar de anomalías comunicativas—. Es obvio que con ello se han creado las condiciones para una preocupante simbiosis entre medios y populismo.

Mi segunda premisa tiene que ver con las emociones mismas y lo que de ellas hemos aprendido gracias al «giro digital» acontecido en las

ciencias humanas en los últimos años. Brevemente: no podemos separar tajantemente razón y emoción, sino que por lo general nuestra cognición es cognición caliente, influida por nuestros afectos. Y ello hasta el punto de que nuestra percepción de la realidad está saturada de afectividad. Somos, si se quiere, animales sensoriales. Pero también, rasgo decisivo aquí, seres con propensión al gregarismo.

Así pues, ¿qué rasgos de la esfera pública digital nos sirven para explicar, a partir de estas dos premisas, las conductas agrupadas bajo la rúbrica del «linchamiento digital»? Concisamente:

- (i) La creación de un mercado de opiniones superpoblado altera las economías de la atención y otorga mayor protagonismo a quienes son capaces de captar la de los demás: la hipérbole se convierte en norma y los exaltados cobran protagonismo ante los moderados. El lenguaje de la autenticidad, subjetivo y coloquial, desplaza a la persuasión deliberativa.
- (ii) Esa superpoblación produce asimismo un paradójico *empequeñecimiento* de la esfera pública, donde nos vemos confrontados directamente con los demás sin escapatoria posible. Esto crea un efecto atosigante que promueve la belicosidad recíproca. De aquí resulta también el desarrollo de una suerte de hipersensibilidad, una disposición a sentirse ofendido que tiene carácter contradictorio: la víctima ataca a quien le ofende.
- (iii) El debilitamiento de los medios tradicionales ha generado un espacio moralmente desregulado donde no existen reglas comunicativas precisas ni límites conversacionales demarcados. En ausencia de filtros y jerarquías, tiene lugar una desintermediación que refuerza de manera natural los contenidos emocionales. Es una «esfera pública emocional» (Lunt y Stenner) donde nadie posee *prima facie* autoridad sobre los demás.
- (iv) El anonimato, literal o figurado debido al hecho de que hablamos con personas que no conocemos, así como la más general circunstancia de que la integridad e identidad de los interlocutores digitales

es siempre dudosa, debilita las normas de cortesía y erosiona el respeto intersubjetivo. Se ha demostrado que entre usuarios con vínculos *fuertes* existe una relación digital más respetuosa y rica que entre aquellos que tienen entre sí un vínculo *débil* o pasajero.

- (v) La motivación del internauta no suele ser buscar la verdad o formarse una opinión, sino colmar la necesidad narcisista de expresarse, cargándose de razón ante los demás y convirtiendo la propia opinión en un fetiche psicológico. Su participación contiene un elemento de *performance*, en la medida en que se hace algo pero al mismo tiempo se señala, subraya y adorna la acción misma. No solo hacemos, sino que nos vemos haciendo, sabiendo que otros nos ven hacer; hasta el punto de que quizá no haríamos si otros no nos vieran.
- (vi) Las redes sociales se han convertido en un entretenimiento de masas y eso ha implicado la politización apresurada de amplios segmentos de la opinión pública: el disenso agresivo responde en buena medida a esa espectacularización de la esfera pública. Indignarse y atacar a los demás es, entre otras cosas, un pasatiempo. Más aún: hay indicios de que la felicidad política es adversativa y extraemos placer no solo de confirmar nuestras creencias sino de luchar contra lo que creemos injusto.
- (vii) Buena parte de la excitación derivada de este despliegue de agresividad deriva de la sensación de instantaneidad y simultaneidad que proporcionan las redes: la esfera pública digital está viva y eso atrae nuestra atención. Por supuesto, esa instantaneidad implica reactividad: la respuesta espontánea, afectivamente recargada, a los estímulos que en ella encontramos.
- (viii) Las redes proporcionan un espacio idóneo para la escenificación del conflicto entre distintas tribus morales, cuyos miembros pueden converger allí sin coste para reforzar mutuamente sus creencias y compartir contenidos comunes, pero también criticar el contenido ajeno o interactuar, educada o agresivamente, con los integrantes de las tribus rivales e incluso con los disidentes o heterodoxos de la

tribu propia. De ahí que podamos hablar de «poscensura» o *thought police*.

- (ix) A ello contribuyen notablemente la erosión de la creencia en la verdad pública [posverdad] y la condigna tendencia a tomar como hechos verdaderos solo aquellos que se *sienten* como verdaderos [posfactualismo]. Pero nótese que las tribus morales no creen que no haya verdad, sino que se adhieren fanáticamente a la verdad propia.
- (x) La red reduce dramáticamente los costes de cooperación y es más fácil que nunca integrarse, siquiera sea imaginadamente, en comunidades ideológicas que, como tales, proporcionan recompensas emocionales: mejor acompañado que solo. Las bases psicobiológicas del gregarismo, que se cohesionan hacia dentro y se conduce de manera agresiva hacia fuera, están sobradamente demostradas.

En última instancia, la digitalización de la esfera pública es la historia de su democratización súbita y, por ello, de su vulgarización. Que podamos hablar de una «democracia de enjambre» que funciona mediante la movilización de muchedumbres reactivas, o masas de acoso en la terminología de Elias Canetti, obedece a la superpoblación de un mercado desregulado de la opinión. Todos hablamos con todos; pero no todos sabemos hablarnos. En el poliálogo resultante cobran protagonismo quienes usan expresivamente las redes para satisfacer sus necesidades emocionales o se encuentran políticamente fanatizados —y por eso participan más intensamente: una vieja paradoja.

Más que de estructuras deliberativas, hablamos de espacios de convergencia emocional donde los lazos afectivos y el deseo de hacer prevalecer la propia identidad pesan más que la persuasión racional: quizá inevitablemente. El público se fragmenta en «públicos afectivos» que atesoran sus particulares «bancos de ira», por emplear la expresión de Peter Sloterdijk. En esas condiciones, las pasiones adversativas —una de cuyas más preocupantes manifestaciones es el linchamiento digital— no pueden sino convertirse en dominantes.